

LA ESCULTURA CERAMICA DE JORDI BONET

En todos los rincones del mundo, no importa qué país, clima, altitud, latitud, encontraréis un español. Si es castellano, es muy posible que sea misionero, arquitecto, médico o empresario de una línea de autobuses; si es valenciano, casi seguro que regenta una frutería o algún negocio de importación y exportación; si es gallego, taberna, bar o tienda de comestibles; si es catalán, puede ser cualquiera de las profesiones apuntadas o alguna otra imprevisible.

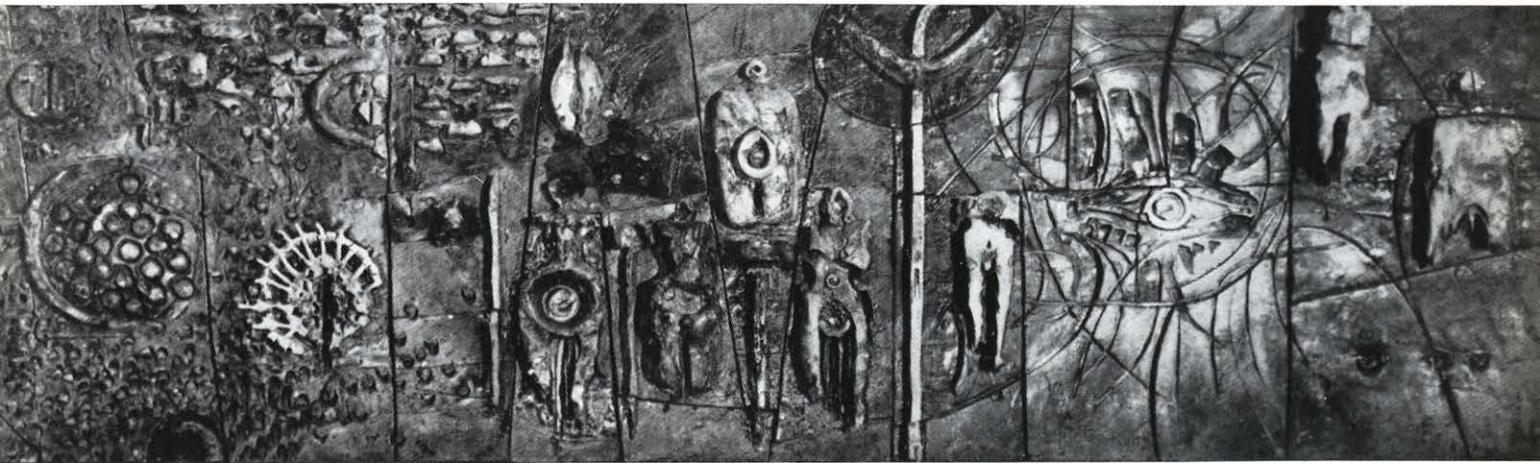
El frío y forestal Canadá no iba a ser la excepción de esta regla sin excepciones, y así, el viajero que llegue a Montreal, a Quebec, a Dolbeau, a New Brunswick, y a otras ciudades canadienses podrá sorprenderse ante la repetida presencia en algunos

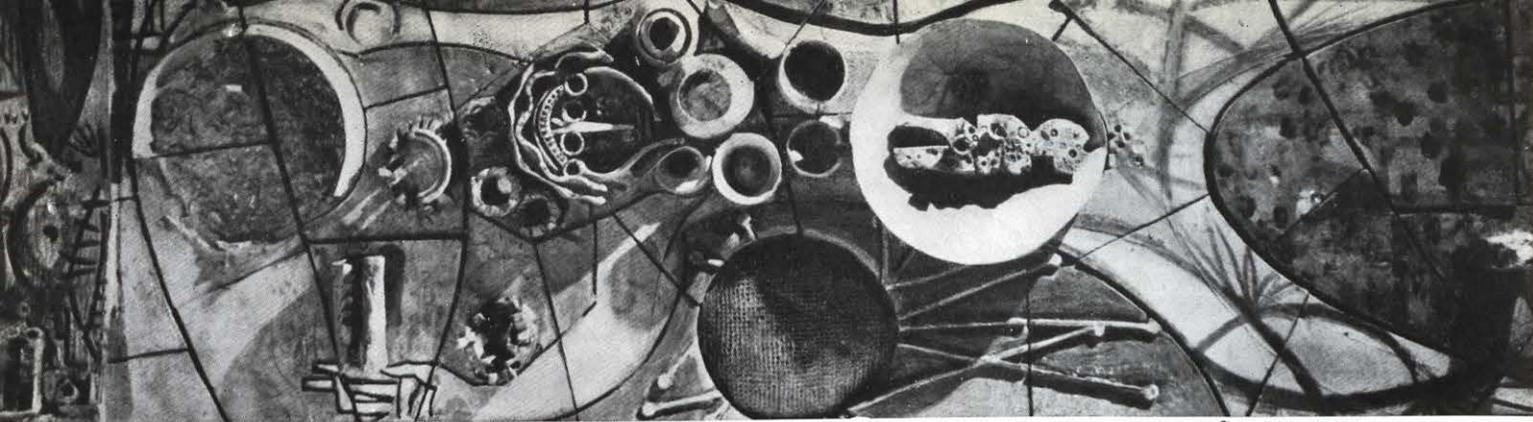
de sus más singulares edificios de frisos y paramentos cerámicos que demuestran la identidad de la misma mano creadora. Y esta mano es la de un catalán (¡cómo no!) que desarrolla su labor en aquellas tierras desde hace algunos años.

Jordi Bonet es su nombre. Su vinculación a la arquitectura le viene determinada por vínculos familiares y profesionales; pariente del arquitecto barcelonés Bonet Armengol, el pintor Jordi Bonet llega a Canadá en 1954 y en estos diez años transcurridos desde entonces su labor se ha orientado especialmente integrada en la arquitectura, con cerámicas escultóricas en muchos muros de iglesias, teatros, escuelas, conventos y otros edificios públicos de toda clase.

Ahora, en la llamada plaza de las Artes, de Montreal, tanto en el edificio principal como en otros lugares de la misma, las cerámicas murales de Jordi Bonet ponen su nota policroma y brillante como contrapunto melódico y demuestran una vez más las posibilidades prácticamente inagotables de uno de los materiales constructivos más antiguos de la Humanidad y al que ha llegado toda la pujanza renovadora de las últimas estéticas.

Decía el importante escultor inglés Henry Moore que una obra de arte debe, "ante todo, extraer su vitalidad de sí misma", y completaba la misma idea con las siguientes palabras: "Quiero decir que una obra puede tener una energía acumulada y una





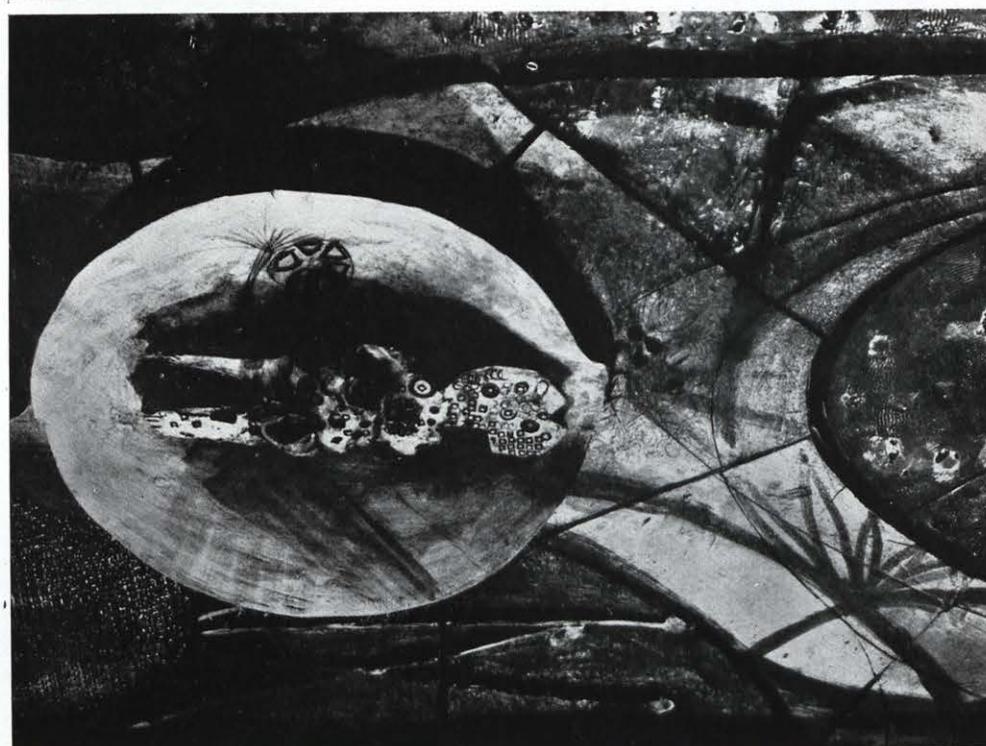
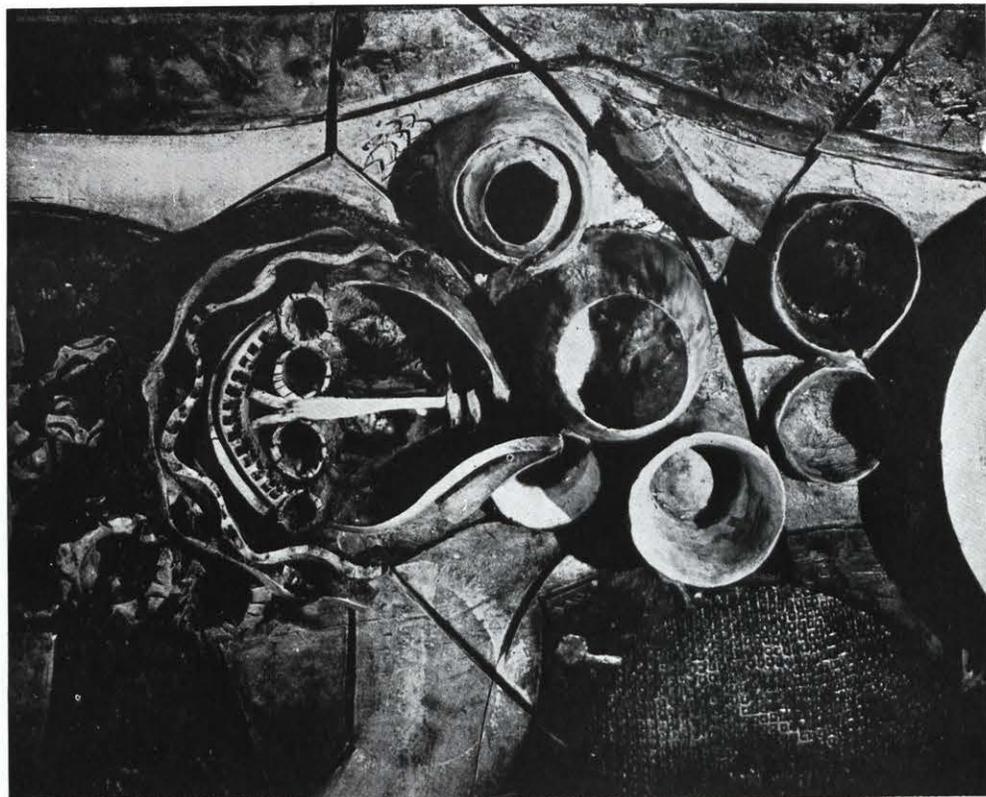
vida intensa, independiente del objeto que representa."

De "energía acumulada" y "vida intensa" están hechas las cerámicas de Jordi Bonet, lo cual quiere decir que están en inmejorables condiciones de ser vitales por sí mismas. Pero tal vez en este caso sea poco decir energía acumulada; tal vez fuese más verdadero el añadir una palabra más: sobrenatural energía acumulada.

En muchos otros artistas, la peripetia humana quizá no sea tan importante su conocimiento, porque no todo creador de arte tiene una vida excepcional. En el caso de Jordi Bonet es imprescindible referirse a las condiciones en que se ha desenvuelto su biografía, porque ellas justifican lo anteriormente anotado de: sobrenatural energía. Jacques Folch-Ribas, profesor de la Escuela de Arquitectura de Montreal y biógrafo de Jordi Bonet, ha escrito de él: "Decir que sus comienzos fueron penosos es un eufemismo. Pierde un brazo a la edad de siete años, lo que hace muy difícil su educación. Poco acostumbrado a las escuelas, cuando llega la adolescencia no puede adaptarse a la disciplina de Bellas Artes. Pero ya se manifiesta el calor humano que parece provocar espontáneamente a su alrededor. El maestro de dibujo Antonio Prats se entusiasma con sus esbozos: "Es oro en bruto", y lo acepta en su estudio."

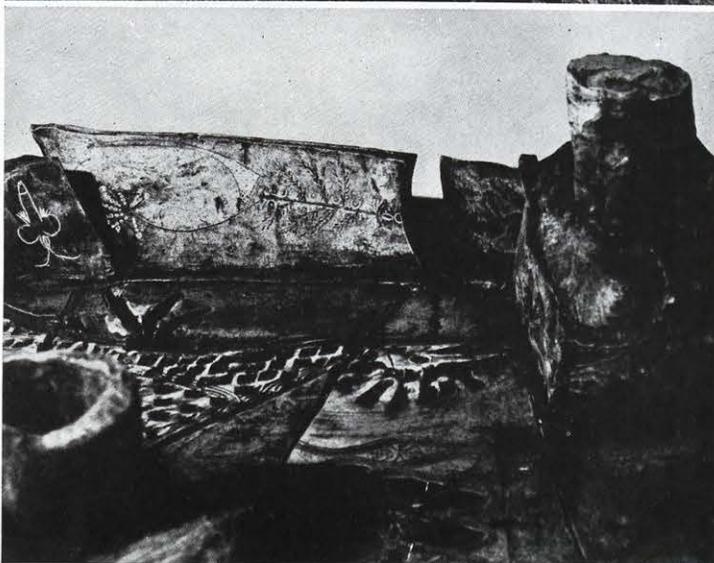
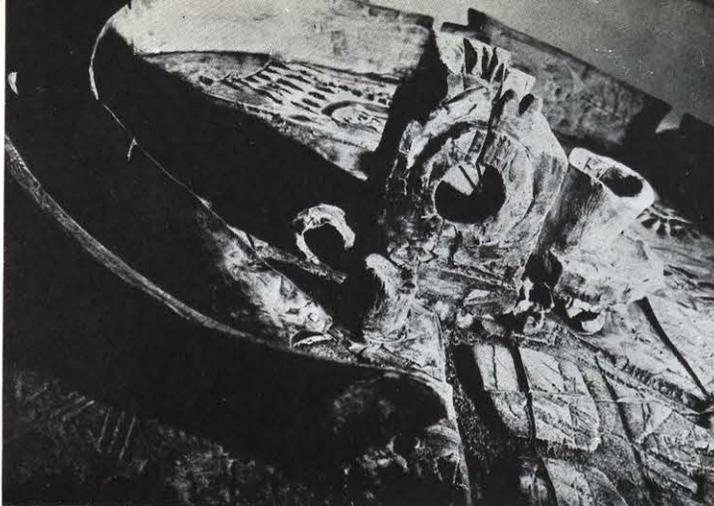
La elemental educación impide hablar de los defectos físicos de nuestro prójimo, pero en este caso es imprescindible aludir al desgraciado accidente que le privó de uno de sus brazos a Jordi Bonet, cuando era niño. Si para todo ser es difícil abrirse paso en cualquier esfera laboral, ya puede suponerse lo que debió de costarle a quien quería ser pintor, artista en una palabra, contando sólo con una mano. Al pintor le interesan sobre todo los modelos que le brinda la vida, esa humanidad siempre variada y siempre variopinta que pulula por las Ramblas barcelonesas, por las cercanías del monumento a Colón, por las tabernas y muelles de la Barceloneta.

Pero la alta escultura del monumento colombino señala al mar imperativamente; si se sigue la línea recta de su dedo índice, forzoso se arribará en las costas de América. El destino de Jordi Bonet parecía ya en



cierta manera determinado, y a las costas americanas llega un día del verano de 1954. Antes había estado algún tiempo en París, había dibujado y pintado mucho en Barcelona, se había empaquetado bien en todos los museos españoles.

Y es en la otra orilla atlántica, en las tierras norteñas de Canadá, donde Bonet comienza la labor hasta ahora más importante de su carrera de pintor. En el estudio de cerámica de Jean Cartier, y en el Instituto de Artes Aplicadas de Montreal, aprende la necesaria técnica imprescindible del ceramista. Hace solamente ocho años de esto, ocho años bien aprovechados, ya que durante ellos ha realizado numerosas obras pictóricas en cerámica, entre las que se cuentan como principales las siguientes: en la iglesia de Saint Raphael, Jonquièrre, 1960; Seminario de Métabetchouan, Compañía de Teléfonos Bell, Dolbeau; Convento de las Ursulinas, Lorettevelli; Escuela Secundaria de Dolbeau; Hotel Mot-Royal, Montreal; Edificios públicos de New-Brunswick, todos estos últimos trabajos durante el año 1961. En 1962 realiza los siguientes: Iglesia de Cristo-Rey, Moncton; residencia de V. Mirón, Montreal; Nueva Academia de Quebec y Facultad de Ciencias de la Ciudad Universitaria de la misma ciudad. El "Homenaje a Gaudí", para una compañía de Quebec, es de 1963, y de ese mismo año, los paramentos exteriores de la Escuela Thevenef, de Quebec, y



Galería del Palacio de las Artes, de Montreal, con las cerámicas de Bonet en las sobrepuertas.



los de la plaza de las Artes de Montreal, para cuyo edificio principal ha realizado Bonet ocho composiciones escultóricas en alto-relieve, cuyas fotografías son las que se publican en estas páginas.

Es difícil poder juzgar por fotografías una obra de arte y más en el caso presente, en que las texturas y efectos de la materia cerámica no son apenas imaginables. Lo que sí se puede afirmar con rotundidad es que no se trata de una obra baladí ni carente de importancia. Más importancia sabiendo las condiciones personales de cómo ha sido hecha y las dificultades hasta llegar a ella, pues no todo fué fácil para Jordi en Canadá, ya que en los primeros tiempos tuvó que trabajar en multitud de empleos, incluso de camarero en una taberna.

"No se puede comprender la trayectoria del dibujante, unas veces preciosista, otras veces geométrico, otras veces voluptuoso, hacia su trabajo de ceramista, sin pasar por esos "dibujos pintados" que revelan la necesidad de superficie, el gusto por la materia, el despliegue de color, y, más profundamente, el fuego que lo consume todo, y pronto lo fijará todo..."

Las anteriores líneas son del biógrafocritico de Jordi Bonet ya antes citado, y en sus adjetivaciones "preciosista", "geométrico", "voluptuoso" queda reflejada parte de su manera de hacer, aunque no toda. Es indudable que la derivación ceramista de Bonet lo ha sido como consecuencia obligada de todo lo demás. La cerámica es menester amasarla, apretarla, modelarla, o sea operaciones previas de gran sensorialidad. En un artista vital que además se propuso, y logró vencer toda clase de dificultades, el trabajar en escultura de cerámica tiene que producirle más satisfacciones que la pintura o el dibujo. Eso sin contar con el misterio que toda obra sometida al fuego supone, lo cual es fuerte aliciente para los imaginativos.

La energía y la vida, que quería Moore para toda obra de arte, no hay duda que están contenidas hasta una medida sobrehumana en las cerámicas de Jordi Bonet. Cerámicas de las que el propio autor ha dicho: "Quiero que dentro de doscientos años, si se desgasta la arquitectura, la cerámica aguante."

